

El leopardo hace con frecuencia terribles destrozos en medio de los rebaños: un solo individuo llega á matar hasta treinta ovejas en una sola noche; y por esto los pastores le temen mucho más que al león, el cual se contenta siempre con una sola víctima.

En cuanto á las aves, acomete principalmente á las gallinas, á las cuales, y también á las cabras y ovejas, tiene declarada una obstinada y continua guerra.

«Al colono, dice Fritsch, le gusta que sus pastores tengan algunas cabras entre las ovejas, porque sabe que el leopardo coge con preferencia las primeras.»

Ni aun el hombre está libre de sus ataques, pues con frecuencia mata á los niños. El padre Filippini, observador atento, que ha vivido más de treinta años en Abisinia, me refirió que un leopardo había arrebatado nada menos que á ocho niños en el espacio de tres meses en el pueblo de Mensa.

A su audacia y sanguinaria avidez se agrega en este felino la mayor insolencia; pues penetra descaradamente en los pueblos y ciudades, y hasta en las casas habitadas. Cuando Ruppell se hallaba en la provincia de Simié, en Abisinia, un gran leopardo acometió á un asno en pleno día, á corta distancia del campo, si bien le salvaron felizmente los gritos del pastor. «Cerca de Gondar, dice el mismo naturalista, nos despertaron los balidos de una cabra que estaba atada en el patio: un leopardo acababa de saltar por la tapia, cuya altura era de 98 centímetros, y sorprendiendo al animal dormido, le cogió por el cuello. Un pistoletazo intimidó á la fiera, aunque sin causarle herida alguna, y entonces huyó, abandonando á la cabra moribunda; pero dos horas después saltaba de nuevo la fiera al patio, y penetraba hasta una alcoba donde habían puesto la cabra muerta. En el mismo instante nos levantamos todos, mas el felino consiguió escaparse de nuevo. A los ocho días nos despertó durante la noche el cacareo angustioso de las gallinas, posadas en un palo muy alto cruzado en el recibimiento. Habíanse reunido tres leopardos para hacernos una visita: mi negro Abdallah espiaba á uno de estos animales, escopeta en mano, en el patio anterior, cerca de la cuadra; y yo había ido al de atrás, donde vi otros dos leopardos, que se paseaban tranquilamente y con seguro paso sobre la pared que rodeaba la casa. Era tal la oscuridad de la noche que no pude tirar; mas como aquellos animales no habían logrado llevarse sino algunas gallinas, podíamos contar como segura una nueva visita. En efecto volvieron á la noche siguiente, mas uno de ellos, que acababa de apoderarse de dos gallinas, pagó el hurto con la vida, pues Abdallah le rompió la columna vertebral de un tiro certero.»

Yo mismo he visto un ejemplo asombroso de la audacia con que el leopardo satisface su sanguinaria pasión. Atravesábamos á caballo una parte de la montaña de los Bogos; los gritos de los grandes cinocéfalos, que se dejaban oír sobre nuestras cabezas, nos invitaban á cazar, y resolvimos inmediatamente darles una prueba de nuestra destreza. La gente que iba con nosotros, entre la que se hallaba el cocinero egipcio de mi amigo Van Arkel d'Ablaing, permaneció en el lindero del valle para cuidar de los mulos; y en cuanto á nosotros, después de trepar por los flancos de la montaña, elegimos un sitio conveniente á fin de tirar sobre los monos, que se hallaban encima. Estábamos lejos de ellos, y más de una de nuestras balas debió perderse, si bien dieron algunas en el blanco, pues las víctimas caían á tierra ó emprendían la fuga con heridas más ó menos graves. Vimos un viejo hamadrias, que levemente herido en el cuello, bajó tambaleándose de lo alto de las rocas y pasó por nuestro lado á fin de ganar el valle, donde esperábamos encontrar luego su cadáver. En su consecuencia, no hicimos caso de él y le dejamos marcharse

tranquilamente, continuando nuestra caza contra los monos de arriba.

De repente prodújose un tumulto espantoso entre aquellos, y pocos segundos después, se oyó un estrépito en el valle. Todos los hamadrias machos avanzaron hasta el borde de las rocas y comenzaron á gruñir, á gritar y á golpear furiosamente el suelo con sus manos; sus miradas se dirigían hacia el fondo de la montaña; toda la manada corría de un punto á otro, y algunos machos de los más rabiosos comenzaban ya á bajar de sus rocas. Nosotros, esperando un ataque, cargábamos un poco más de prisa nuestras carabinas, cuando nos llamaron la atención los ruidos del valle, distinguiendo entre ellos los ladridos de nuestros perros y las voces de nuestra gente que gritaba: «¡Socorro! ¡socorro! ¡al leopardo!» Dirigiendo entonces la vista hacia el lugar de donde partían los gritos, no tardamos en divisar un leopardo que avanzaba hacia nuestra gente, aunque confundido con un objeto que su cuerpo nos ocultaba. Oyense en aquel momento dos tiros; los perros ladran furiosamente, y nuestros compañeros, desarmados todos excepto el egipcio, piden de nuevo auxilio, pero un momento después vuelve á reinar el silencio y solo se oye ladrar á los perros.

Todo esto había pasado con tal rapidez, que no sabíamos aun de qué se trataba; y por lo tanto corrimos tan ligeros como nos fué posible para bajar á la falda de la montaña. Nuestros compañeros ocupaban diferentes posiciones: situado el egipcio sobre la saliente roca, estrechaba con sus manos convulsas la carabina de su amo, fijando la vista atentamente en un espeso matorral situado á cierta distancia ante el que estaban parados los perros. Uno de los abisinios se ocupaba en apaciguar á los mulos, que parecían muy agitados; y el otro, joven de quince años, había trepado por el flanco opuesto del valle, desde donde contemplaba toda aquella escena sin descuidar por eso su seguridad propia.

— El leopardo está echado en el matorral, me dijo el egipcio; he tirado sobre él.

— Ha bajado de la montaña montado en un mono, añadió el abisinio; avanzaba directamente hacia nosotros, y sin duda se proponía devorarnos, juntamente con los mulos.

— Ha pasado á vuestro lado, replicó el tercero; yo le vi ya en lo alto de la montaña en el momento de saltar sobre el mono.

Carabina en mano, avancé hacia el matorral poco á poco, hasta hallarme á cinco pasos de distancia, sin que me fuera posible divisar al leopardo. Por último el centinela, á quien mi conducta parecía inspirar un poco de confianza, decidióse á dejar su puesto, y me señaló con la mano el sitio donde se hallaba la fiera. El leopardo había muerto; á unos diez metros más allá, por el lado del valle, estaba el cadáver del hamadrias.

Todo se explicaba ya: al subir habíamos pasado evidentemente junto á la guarida del carnívoro; y al bajar de la montaña el mono herido, debió acercarse también á la fiera, que sin asustarse por la presencia de los hombres, sin que la inquietaran los tiros que llenaban de espanto á todos los animales del bosque, se había precipitado sobre su presa. Sentado sobre el hamadrias, como un jinete en su caballo, había descendido sin que llamaran su atención los gritos de nuestra gente. El cocinero poseído de terror, según me confesó más tarde, y atendiendo á su salvación más bien que á la del mono, cogió la segunda carabina de su amo y apuntó al animal, teniendo la suerte de tocarle en el corazón. Después mató también al hamadrias, sin saber muy bien lo que hacía.

Reconocimos más tarde que el leopardo había agarrado con sus dos patas anteriores el hocico del mono, causándole dos profundas heridas; con las traseras trató de fijarse en el

cuarto trasero de su improvisada montura, mas hubo momentos en que las dejó arrastrar. No pude comprender por qué el hamadrias, enfurecido por la herida, no se valió de sus poderosos dientes para defenderse de su enemigo.

Los habitantes del Africa central y los viajeros que atraviesan aquellos países, saben y refieren una infinidad de historias de este género. Así por ejemplo, cuéntase que un leopardo se acercó al coche de Gordon Cumming, y próximo á las hogueras, arrebató un gran pedazo de carne; persiguiéronle los perros, y mordió á dos tan profundamente, que murieron poco tiempo después.

En todas las ciudades y pueblos cercanos al bosque, el leopardo entra con mucha frecuencia en las casas; y á la vista misma del hombre, coge un animal doméstico y se lo lleva, sin asustarse por los gritos de las personas y sin abandonar nunca su presa. Por lo común suele no tardar mucho en elegir; el primer animal que ve le conviene, y se apodera hasta de los perros, aun cuando estos se defienden vigorosamente.

Tennent refiere que un leopardo robó á un perro puesto en medio de sus amos dormidos, y que los cazadores de Ceilan no odian á ningún carnívoro sino á este porque pone continuamente en peligro á sus perros.

En Abisinia no se pueden conservar perros, gatos, ni gallinas, á causa del leopardo; en cuanto á las cabras, si se quiere tenerlas, es preciso construir para ellas cuadras tan sólidas como las habitaciones del hombre. Personas dignas de crédito aseguran que sabe muy bien atraer á los perros lejos del sitio que deben guardar, aprovechándose de su ausencia para acercarse de improviso por el lado opuesto y llevar á cabo cómodamente el robo que meditaba. Mientras estuve en los pueblos del Sudan oriental, situados en medio de los bosques, los leopardos se acercaron casi todas las noches durante una semana; pero los galgos amaestrados que tenían los naturales, les pusieron siempre en fuga. En las selvas vírgenes, á orillas del río Azul, oía yo con regularidad, á la caída de la noche, el gruñido particular del leopardo; á menudo veíamos por la mañana las huellas de este ladrón nocturno; pero no dió la casualidad de encontrar uno vivo. Quejábame yo de esto á los árabes, los cuales me explicaron el hecho á su modo, diciéndome que el leopardo tenía suficiente malicia para conocer que yo era un enemigo mucho más peligroso que ellos, y que no ignoraba que le mataría si se dejaba ver, mientras que los árabes solo pueden oponerle su lanza, la cual les inspira poco respeto.

Varias veces me he puesto al acecho en sitios por donde el leopardo había pasado la víspera, pero siempre fué inútil, á pesar de que tuve la precaución de atar una cabra viva al árbol. Creo poder deducir de aquí, que este felino no pasa por el mismo sitio con tanta frecuencia como se cree.

Comunmente el leopardo no ataca al hombre; es demasiado prudente y cobarde para trabar una lucha con tan temible adversario.

Cazando cierta tarde con el P. Filipini en una espesura cerca del pueblo de Mensa, mi compañero me hizo señas de que me acercara, y me preguntó en voz baja por qué no había tirado al leopardo que acababa de pasar casi á 30 pasos de distancia, no habiéndolo hecho él por habersele caído el pistón; me ví obligado á confesar que no lo había visto. Buscamos por toda la espesura, pero en vano; el astuto felino se había escapado; casos parecidos á este suceden muchas veces.

Skinner, empleado por el gobierno de Inglaterra en la construcción de los caminos, y que durante muchos años tuvo necesidad de atravesar los bosques de Ceilan, describe un encuentro con una pantera. Excitada su atención por un leve ruido, vió con gran terror á pocos pasos de distancia

una pantera que con los ojos fijos parecía meditar si debería atreverse á atacar á un animal bípedo en vez de un cuadrúpedo. Skinner no perdió la presencia de ánimo, se detuvo, miró á la fiera con toda la intensidad de su fuerza magnética, y le causó tal impresión, que con gran placer suyo la pantera huyó.

Cuando el leopardo está herido, precipitase furioso sobre su adversario. Cumming refiere que uno de sus amigos hirió cierto día á uno, el cual saltó inmediatamente sobre él, y le derribó, mordiéndole de una manera horrible; mas por fortuna había recibido el felino una herida mortal y se salvó la vida del hombre. El criado del cura de Stella, en el país de los Bogos, fué muerto de un solo golpe de garra que le descargó un leopardo sobre el cual acababa de tirar. También se ha visto á estos animales acometer á los hombres sin que precediera provocación alguna.

Kolbe refiere que el burgomaestre de la ciudad del Cabo fué acometido repentinamente por un leopardo: la terrible fiera le hundió sus garras en la cabeza, tratando de morderle en la garganta, mientras el infeliz se defendía valerosamente, tanto que en la lucha hombre y animal rodaron por el suelo. Aunque debilitado por aquel extraño combate, el burgomaestre hizo un supremo esfuerzo; sacó un cuchillo de su bolsa y pudo degollar á su enemigo; pero padeció mucho tiempo á consecuencia de las heridas. En Abisinia ocurre todos los años cierto número de accidentes, en que hombres de edad y bien armados son víctimas de estos felinos; en cuanto á las criaturas, puede decirse que constituyen su presa ordinaria.

La pantera ataca también á los hombres. En Ceilan, cuenta Tennent, dos hombres que estaban subidos en un árbol acechando á los elefantes, fueron muertos por una pantera que trepó á dicho árbol sin que ellos lo notaran. Otros indígenas fueron víctimas de estas fieras hasta en el mismo balcón de sus casas. Se dice que los enfermos de viruela están muy expuestos á los ataques de las panteras á causa del mal olor, consecuencia del mal, que las atrae; yo creo que la causa es el abandono en que se deja á estos enfermos, en chozas construidas en medio del bosque por miedo al contagio.

REPRODUCCION.—La época de la cópula corresponde siempre á los meses que preceden á la primavera de la localidad. Entonces se reúnen muchos machos en un mismo lugar, lanzan rugidos horribles, mas fuertes y sonoros que los de nuestros gatos, y luchan con encarnizada furia. Se ha podido reconocer en uno de los individuos cautivos, que la gestación dura unas nueve semanas; al cabo de las cuales, pare la hembra de tres á cinco hijuelos, que nacen con los ojos cerrados y no comienzan á ver hasta los diez días.

Los leopardos jóvenes, tanto á causa de los bellos dibujos que adornan su pelaje, como por su gracia y gentileza, son los seres más seductores que darse puede; distingúense por su carácter retozon, y juegan como gatitos, ya entre sí ó con su madre, que los ama tiernamente y los defiende con valor.

Cuando se halla en libertad, la hembra pare en la grieta de una roca, bajo las raíces de un gran árbol, en la espesura de los matorrales ó en los árboles huecos. Apenas llegan los pequeños á tener la talla de un gato grande, acompañan á la madre en sus excursiones nocturnas, y gracias á las buenas lecciones que reciben, se hallan bien pronto en estado de bastarse á sí mismos. Mientras cria, la hembra del leopardo es una verdadera calamidad para todo el país; roba y mata con la mayor osadía, pero obra al mismo tiempo con tanta prudencia, que rara vez puede uno apoderarse de ella ó de sus hijuelos.

En la misma época del apareamiento causan los leopardos también grandes destrozos en el país, aunque se asegura que son entonces menos crueles y sanguinarios.

A veces se han visto seis u ocho individuos juntos: un campesino holandés del Cabo se encontró por casualidad cierto día ante una reunion de este género. Viajaba de un pueblo á otro con una carreta tirada por bueyes, segun la costumbre del país; mientras que sus compañeros establecian su campamento en un risueño valle, cogió su escopeta y alejóse con la esperanza de cazar alguna pieza para la comida. Despues de dar muchas vueltas infructuosamente, regresaba al punto de reunion, cuando al llegar á corta distancia, divisó, con un espanto fácil de comprender, siete cabezas de leopardo en una pequeña colina cubierta de rocas y de espesas yerbas.

En los primeros momentos de sorpresa, obró todo lo torpemente que podía hacerlo; descargó á la casualidad su escopeta, de un solo cañon, contra el grupo de leopardos; pero afortunadamente, su precipitada imprudencia no tuvo el resultado que era de esperar. Los leopardos permanecieron



Fig. 131.—LA PANTERA NEGRA

del leopardo; al fin los cazadores salieron airoso, pudiendo Le Vaillant tirar con buena suerte.

Pocos cazadores tienen la suficiente audacia para ir á cazar el leopardo sin perros. Cuando lo hacen, se rodean el brazo con una gruesa piel, armándose de un puñal muy ancho y cortante: si no se toca al carnicero ó si su herida es leve, precipitase inmediatamente sobre su agresor, quien le presenta su brazo cubierto; y cuando le muerde el animal furioso, el cazador le atraviesa el corazon con su puñal.

No deja de ser curioso que entre los pueblos mas salvajes se refieran maravillosas historias sobre la caza; historias que no rechazaría el mismo baron de Munchausen. Hé aquí lo que me contaba cierto día un jeque:

«En los alrededores de nuestra ciudad abundan ciertamente los leopardos; pero no se les teme porque nuestros hombres son los *Hijos de la Fuerza*, y saben domar fácilmente á todos los animales salvajes. La caza del leopardo es para ellos muy poca cosa: cuando se sabe en qué árbol se ha refugiado uno de estos carniceros, basta entrar en el bosque, provocarle á que no baje á tierra, y matarle entonces á lanzadas.»

Yo le manifesté francamente mis dudas acerca de la docilidad del animal, y el jeque se apresuró á contestarme de este modo:

«Es muy fácil obligar al leopardo á que baje de su árbol,

tranquilo; solo uno se levantó rápidamente y batió el aire con sus garras, como si hubiera querido coger al vuelo la bala, que probablemente silbó á su lado. El campesino se alejó prudentemente sin pensar en un nuevo ataque (fig. 130).

CAZA.—En todos los países donde se encuentra el leopardo se le hace una verdadera guerra de exterminio: las cacerías de que es objeto se hacen de muy diversos modos; no son las armas de fuego las que mas se usan; pero una buena carabina es la única que asegura al cazador el éxito, apartándole al propio tiempo del peligro. Si se caza el leopardo durante el día y con buenos perros, nada hay que temer de él, pues los nobles animales le entretienen y dan tiempo al hombre para dirigirle una buena perdigonada ó un balazo certero.

Le Vaillant refiere de un modo muy chistoso una de estas cacerías, en que se cercó una gran espesura con perros numerosos, tirando sin apuntar y huyendo á cada movimiento

pues considera como un insulto la palabra *Nimmr*, bonito nombre que se le ha dado, y se enoja en extremo cuando le llaman así. Dos de nuestros intrépidos jóvenes se arman cada cual con una lanza bien aguda, se sitúan bajo el árbol, teniendo el arma levantada para proteger su cabeza, y gritan con voz fuerte:—«Baja, *Nimmr*; baja, hijo de la cobardía, ladrón abigarrado; ¡ven acá si tienes valor!»—El animal se enfurece de tal modo, que olvida toda prudencia, salta ciegamente sobre sus agresores y se atraviesa él mismo de parte á parte.»

Durante su larga permanencia en Abisinia y en los países de los Bogos, el P. Filippini, de Mensa, mató un gran número de leopardos ó los cogió con trampas. De las numerosas historias de caza que me refirió, solo citaré la siguiente, que me ha parecido la mas curiosa:

En Keeren, capital del verdadero país de los Bogos, ha fundado la mision católica un establecimiento: los misioneros tienen sus ganados y encierran todas las noches en un establo muy seguro, si no todos sus animales, al menos los mas pequeños. El cabrero, joven de unos quince años, duerme en el establo, sobre una especie de lecho de 1^m,50 de altura.

Durante una noche lluviosa, el Padre, acostado en la cabaña contigua, oye de repente los balidos de terror de las cabras y los gritos del pastor que pedía socorro; deduce inmediatamente que acaba de penetrar en el establo un leo-

pardo, y armándose con su fiel carabina suiza, se dirige hácia aquella parte.

—¿Qué pasa aquí, muchacho?—¡Oh! Padre mio: en el establo hay un leopardo que ha matado una cabra y trata probablemente de acometerme tambien! Sus ojos brillan de una manera horrible.—¿Y cómo ha entrado?—Ha hecho un agujero en la pared con sus garras; podreis verlo por fuera.

El P. Filippini se dirige al otro lado del establo, ve la abertura, busca una gran piedra, y despues de interceptar aquella salida, vuelve á donde estaba antes.

—Tranquilízate, hijo mio, le dice al pastor; no temas daño alguno, pero enciende una luz para que yo vea claro.—No tengo con qué, Padre.—Voy á buscarlo.

El cazador se dirige á coger una vela y fósforos; practica una pequeña abertura en el tabique de paja que separa la cabaña del establo, y alarga ambas cosas al muchacho, encargándole que encienda luz.

Sin embargo, el ataque del carnicero ha espantado de tal manera al pobre diablo, que no se atreve á salir de debajo de las pieles donde se halla oculto; pero al fin despues de nuevas súplicas, enciende la luz, y un momento despues se ilumina el establo.

El leopardo comienza á inquietarse; deja en el mismo sitio la cabra que acaba de matar, y se desliza silenciosamente, rozando con el cuerpo la pared, hácia la abertura que él mismo practicó. El movimiento de terror de las cabras, al verle pasar, indica al Padre que escucha con oido atento, cuál es

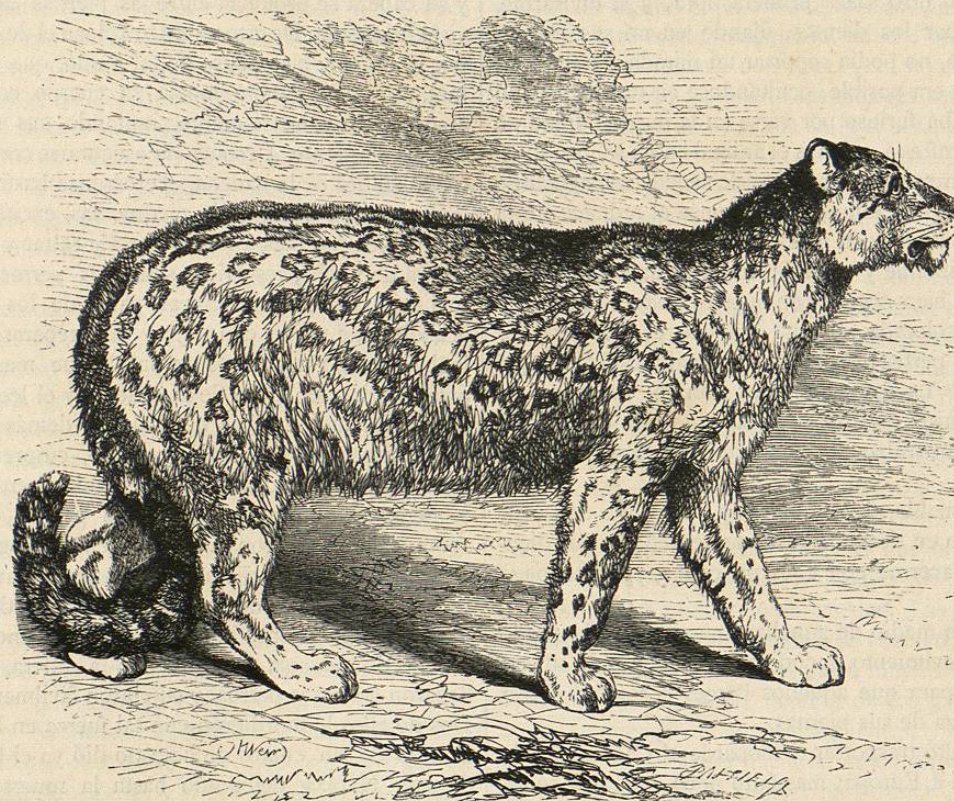


Fig. 132.—LA ONZA

la intencion del animal, y le espera á pié firme con su carabina preparada.

—¡Alumbra mas por este lado, Talla! gritó el Padre.

El muchacho obedece, mas el cazador solo ve una sombra, y no puede apuntar con precision: el pastor temblaba tanto como su vacilante luz; y el leopardo, cada vez mas inquieto, deja oír un ligero gruñido. El cazador escucha atento; un rayo luminoso se refleja entonces en los brillantes ojos del leopardo; el Padre apunta con mano segura su carabina; resuena un tiro en el interior del establo; las cabras se agitan y revuelven espantadas; el muchacho deja caer la luz y vuelven á reinar las tinieblas y el silencio.

—¿Vive aun el leopardo, Talla?—No lo sé, Padre mio; las cabras se han calmado...—¡Oh, entonces le toque! contesta el valeroso sacerdote. Y así diciendo, vuelve á cargar su carabina, busca una luz, abre la puerta y penetra en el establo, puesto el dedo en el gatillo de su arma. El animal se hallaba tendido junto á la pared y frente á la puerta; la bala habia penetrado en la cabeza por entre los ojos.

No se exterminan tantos leopardos con las armas de fuego como por otros medios; los lazos de diversas clases son los

que prestan mejores servicios y están mas en uso. Los europeos prefieren fuertes cepos y trampas; otras veces se suspende un pedazo de carne de una rama, á cierta altura, y se clavan verticalmente en tierra varias varillas de hierro muy puntiagudas en su extremo libre. El leopardo debe dar un salto para coger la carne que codicia; lánzase y, al caer, se atraviesa en una de las varillas de hierro.

El P. Filippini ha cogido ya unos veinticinco leopardos en trampas construidas exactamente como nuestras ratoneras, solo que sus dimensiones son naturalmente mucho mas considerables. Pone como cebo en la parte posterior, una gallina ó un cabritillo; el leopardo, excitado por su sanguinario instinto, olvida su ordinaria prudencia, penetra en la trampa, cuya puerta se corre, y á la mañana siguiente puede el P. Filippini matar á su enemigo sin temor alguno. Una vez cayó un leon en una de estas trampas; pero sin duda no estaba fundida aun la bala que debía matarle, pues de un manotazo rompió la trampa y huyó.

Este mismo medio se emplea en el Cabo de Buena Esperanza, y es una gran fiesta para todo el país cuando una de dichas trampas encierra un leopardo, poniendo en poder del